

Nota aclaratoria: este material ha sido modificado de su versión original para su restauración y conservación

El tigre del Tárcoles



7 endría yo siete años de edad. Vivíamos en una boscosa finca, cerca de la desembocadura. Nuestra casa, erigida sobre altas basas de

Guachipelín, estaba como a veinticinco metros de la calle, que era más bien un camino rural, agosto, lleno de cangilones, lodoso y casi intransitable en invierno. El barrial más profundo y rebelde estaba frente a nuestra vivienda. No muy lejos, pasaba el Río Grande de Tárcoles. Alguna vez lo vi correr por esa calle de tierra y monte, revuelto, espumante, mugidor. Enormes lagartos amarillos, que tenían su centro de operaciones en Las Trojas, de noche se arrastraba silenciosos hasta los chiqueros, donde no siempre podían satisfacer sus sangrientos deseos de rapina, pues mi padre había tomado ya algunas previsiones. "Mangle", mi perro, que solía dormir bajo el piso de la casa, fue víctima de estos terribles merodeadores. Una noche de octubre, desbocada de lluvia, me despertaron sus lastimeros aullidos. Cuando papá bajó con la carbura, revólve. en mano, apenas alcanzó a ver la cola de un saurio que desaparecía entre un montazal. Por el creciente saqueo de los zorros y tigrillos, también nos quedamos sin gallinas.

Por esos días cayó enfermo mi padre, hombre fuerte, de elevada estatura, que trabajaba duramente de sol a sol. Hacía de todo el pobre: sabanero, agricultor, pescador, cazador, curtidor de cueros, carpintero. Y a pesar de las incomodidades y privaciones, todas las mañanas exclamaba entusiasmado: "¡Dios mío, qué bello es esto!" Y si yo estaba cerca de él en ese momento, me tomaba en sus poderosos brazos, alzándome y bajándome repetidas veces, mientras repetía gozoso: "¡Estamos vivos, sanuícuro, estamos vivos!"

La fiebre perniciosa lo agostaba. Papá no podía retener alimento alguno en el estómago. Me parece verlo en el catre, inmóvil, sin quejarse, bañado en sudor. Mi madre decidió enviarme a la casa del vecino más cercano, como a dos ki-



lómetros, para comprar una gallina y hacerle un caldo. Eran las cuatro de la tarde. Mi hermano mayor estaba en la escuela. Para no sentirme tan solo, pedí prestado a mamá un radio de pilas, mediano, que ella tenía en la cocina, junto al moledero, colgado de un clavo. Después de mil advertencias, me entregó el aparato y un billete de dos colones, vetusto, cubierto de letreros.

El sol de agosto doraba los extensos agualotales. A los dos lados del camino, había montañuelas y breñas. A trechos, tupidos piñuetales, donde se guarecían las "bichas", según mamá. A veces bajaba el volumen del radio para oír los ruidos sospechosos de algún tacotal. Caminaba raudo, capeando charcos y troncos. Tiempo atrás, en las espesuras del norte, mi hermano había escuchado bramidos de tigre. El paso del yurro me causó escalofríos. Una cepa de bambú y espesos papamieles lo ensombrecían y llenaban de inquietante misterio. ¿Acechaban malignos ojos desde las frondas?

Don Procopio, el "vecino", vejete chato, seco, calzado con caites, prestó singular atención al recado de mi madre. Cerca de la tro-

ja, le echó garra a una hermosa gallina cuijen, champulona. "Voy a maniala pa que no se le ajile". Cogió el billete y me dio el vuelto: dos reales. "Y andáte ligero, chiquito, porque te puede jartar el líon".

Me puse en camino, con más miedo que antes. Debía aprovechar el último sol. Apreté el paso. Le di todo el volumen al radio. Me refrescó el viento procedente de los boscajes húmedos. Aspiré, complacido, el suave olor a selva crepuscular. En la copa de un ceibo distante, desgranaban su júbilo

varias lapas coloradas. Rumores imprecisos. Gritos desconcertantes de pájaros desconocidos. El pánico empezaba a dominarme. Tenía que atravesar de nuevo el manantial sombrío, más oscuro aún por la vecindad de la noche. Era la peor parte del regreso. Funestos presagios me envolvieron. Y avancé en línea recta, sin cuidarme de los barriales. La gallina parecía también aterrada.

Lo crucé en carrera tendida y rezando para que no se me apareciera ni una fiera, ni una figura sobrenatural del bosque. Con el ave y el radio o podía correr bien. Entonces retorné al paso acelerado, pero el suelo fangoso lo convertía en normal. Me circundaba la más absoluta soledad.

Como a los cien metros del yurro, me pareció entreoír algo a mis espaldas. Quise volverme para mirar atrás, pero continué avanzando en un puro temblor. Todo el miedo del mundo estaba en mí. Algo seguía entreoyendo, mas no bajé el volumen. Por fin volví el rostro... Tuve un sobresalto de espanto y los cabellos se me erizaron. ¡Por media calle, seguro de la presa, trotaba un tigre pecho amarillo!

Tiré la gallina y el radio al suelo y eché a correr con todas mis fuerzas, despavorido. Como a los 150 metros me caí. No pude levantarme. Quedé paralizado, expectante. Pude pasarme la lengua por los labios resecaos. Un rugido desaforado estremeció los matorrales próximos. Sintiendo ya las garras en la espalda, hice un esfuerzo para ver hacia atrás. Todavía estaba la gallina manea en la calle. ¿Llévame? Busqué mejor.

Entonces lo vi cuando, con el radio colgando de las fauces, se internaba en la maleza de la orilla. Me erguí de un salto y salí a escape. Al llegar a casa, aún pude escuchar la música del radio en la espesura. Iba esfumándose en el bosquecillo anochecido, lejano, decreciente, casi imaginaria.

El escritor costarricense Carlos Luis Altamirano acaba de publicar su colección de relatos "Cuentos del Tárcoles" bajo el sello de la Editorial UNED. Inmersos en la vida del campesino, estos textos están llenos de nostalgias, del olor a tierra húmeda, a café recién chorreado y al sonido que produce el Río Grande de Tárcoles. SIGNOS reproduce para sus lectores el primero de 36 breves cuentos.

Carlos L. Altamirano
Escritor